ISAIAH BERLIN

EDMUND WILSON EN OXFORD

TRADUCCIÓN DE RAÚL ORTIZ

CREO HABER CONOCIDO a Edmund Wilson a principios de la primavera de 1946, cuando volví de Moscú para terminar mi trabajo en la Embajada Británica de Washington, donde había pasado los años de la guerra. Mi amigo el compositor ruso Nicolás Nabokov, que, como su primo Vladimir, lo era también de Wilson, pensó que le agradaría a éste conocerme (había yo expresado inmensa admiración por el *Castillo de Axel* y por los *Pensadores triples*) y charlar sobre literatura rusa y otros tópicos. Wilson se rehusó; creía firmemente que cualquier funcionario de mi país querría conocerlo sólo para embaucarlo en la maquinaria de propaganda británica. Como decidido aislacionista, la anglofobia, que de cualquier modo había sido en él bastante aguda, aumentó al reflexionar que Inglaterra se las había arreglado una vez más para arrastrar a los Estados Unidos a una guerra aterradora e innecesaria, y manifestó no tener el menor deseo de conocer a ningún representante de mi país. No obstante, concluidas las hostilidades, decidió que a todas luces ya no corría riesgo alguno de verse engatusado en actividades pro-británicas y me invitó a almorzar al Princeton Club de Nueva York.

Reconozco que me asombró su apariencia. No sé cómo imaginaba yo que debía de verse un distinguido crítico literario, pero ante mí se erguía una figura obesa, barrigona, de rubicundo rostro, que no poco se asemejaba al Presidente Hoover; en cuanto comenzó a hablar, casi antes de que nos sentáramos, olvidé todo, salvo su conversación. Interrumpían su voz, extrañamente sofocada, silencios entre frases como si en su interior se arrojaran y atropellaran las ideas luchando a empellones por salir, lo cual producía breves estallidos, un *stacatto* emitido, salpicado con pasajes de *legati* que profería a bajo volumen una aterciopelada voz. Disertaba, conmovedor e imaginativo, sobre los escritores norteamericanos de su generación, sobre Dante y sobre lo que para él había significado Pushkin. Describió su visita a la Unión Soviética, (según creo recordar) a mediados de la década de los treintas, y el atroz resultado que había producido en él porque, como muchos otros miembros de la *intelliguentsia* norteamericana, antaño había tendido a idealizar el régimen comunista. El punto culminante de su visita fue el encuentro con el príncipe D.S. Mirsky, brillante escritor emigrado, altamente original, que escribía en inglés sobre literatura rusa y que se había convertido al marxismo en Inglaterra, de donde luego regresó a Rusia; poco después publicó un libro en el que denunciaba a los escritores e intelectuales británicos que lo habían protegido. Wilson lo vio en Moscú, infeliz y deprimido. Pocos años después lo arrestaron y se le envió a un campo donde fue liquidado. La ruina y lastimosa condición de Mirsky dejaron indeleble huella en Wilson, que comentó larga y amargamente la transformación de sus propios devaneos en política. Habló en seguida sobre literatura rusa en general y, en especial, acerca de Chejov y Gogol, tan brillantemente como cualquiera que haya oído yo abordar algún tópico literario. Me hallaba por completo seducido; me sentía honrado de conocer a este hombre de admirables dotes y moralmente impresionante. Nos hicimos amigos. No volví a los Estados Unidos sino hasta 1949, cuando regresé a enseñar a Harvard y pernocté en Wellfleet, donde vivía Wilson con su esposa Elena. En visitas posteriores los vi nuevamente durante los cincuentas.

En 1954 vino a Inglaterra y prácticamente me telefoneó del aeropuerto para decirme que deseaba ir a Oxford para pasar unos días conmigo; acogí con entusiasmo la sugerencia. A la sazón no estaba yo casado y residía en All Souls College. Wilson se hospedó dos noches conmigo en una habitación poco acogedora de la Universidad (creo recordar que la describe con característica mordacidad en una de sus cartas). Como atravesaba por una fase de espléndida anglofobia, la primera mañana, antes del almuerzo, dimos un paseo para ver los diversos colleges. Al pasar por Christ Church contempló el ruinoso edificio de la biblioteca (al que aún no se le había remozado la fachada como más tarde se haría, merced a la ayuda de la fundación Rockefeller) y dijo: —¡Oh! la mayor parte de estos edificios se encuentran en estado lastimoso; creo que de veras están derrumbándose —y pareció encantado. —Pienso que es lo que le ocurre a muchas cosas en Inglaterra —prosiguió—, creo que algo se lo merece el país.

Después se lanzó en arrollador ataque contra la vida académica y contra los académicos en general, a los que calificó de asesinos de todo lo viviente y real en literatura y en arte clásico, medieval y moderno. Le pregunté si no había académicos que le satisficieran o a quienes admiraba. Respondió que indiscutiblemente había algunos: uno de ellos era Christian Gauss, su profesor en Princeton, cuyas conferencias

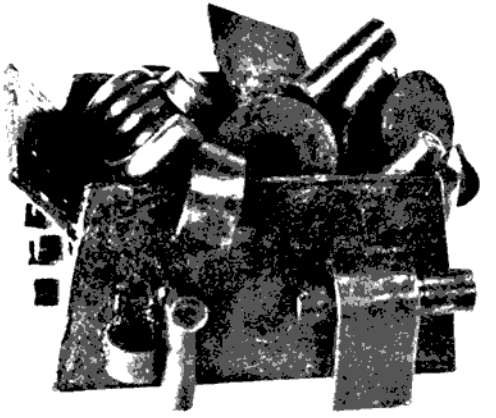
había admirado en extremo, y a quien estimaba y respetaba profundamente como hombre; otro era Norman Kemp Smith, otro profesor de Filosofía en Princeton cuando Wilson era estudiante, y que ahora vivía retirado en Escocia. (Wilson lo había visitado durante un viaje a Inglaterra en 1945, visita en la que se basaron las páginas que escribió sobre Inglaterra en *Europa son Baedeker*). Aparte de estos dos no podía, por el momento, recordar a nadie.

Continuó la diatriba (no sabía yo si se trataba de un estado pasajero inducido por Oxford, o de una actitud permanente). No podía desear peor destino para nadie que el tener empleo en una universidad, particularmente si estaba relacionado con estudios literarios; había oído decir que Archibald Macleish contemplaba la posibilidad de convertirse en profesor, o lo había logrado en algún lado. ¿Sería Harvard? Era un destino que merecía el imbécil ese. (Al leer *La omelet de A. MacLeish*, devastadora parodia que Wilson había escrito, me había dado cuenta de que no era uno de sus poetas predilectos). Y luego, también el ridículo de Ted Spencer en Harvard, que trató de localizarlo pero murió antes de que pudiese intentar siquiera cualquier tipo de relación; y después vino el protegido de Spencer, Harry Levin, inteligente y de enorme erudición, con mucho interesante que decir; que todo tenía para haber podido convertirse en alguien si sólo no hubiese decidido seguir una carrera en Harvard que lo convirtió en una profesor pedante, inmerso en detalles triviales, secocomopolvo que en polvo convertía todo, una especie de polvo de colores. —¡Oh! pero no puedo explicarlo —dijo—, le hablé sobre Howells y piensa que no vale la pena—. Siguió diciendo que Harry Levin, a pesar de todo, no era un mal tipo; que podía ser en extremo perceptivo e interesante, pero que se resultaba ridículo respecto a Howells. Tenía yo la impresión de que eran amigos (de hecho sé que lo eran) y me tomaron de sorpresa estos comentarios sobre Levin, a quien admiraba yo y cuyo ensayo sobre Stendhal consideraba magnífico. Pero Wilson no cejó. Su próximo blanco fue Perry Miller; luego C.S. Lewis, y prosiguió cada vez con mayor ferocidad. Tal vez Tennyson habló sobre Churton Collins de esta manera. En lo personal no veía razones para dudar que Wilson hablaba sobre mí de ese modo; esa actitud obviamente formaba parte de su personalidad; yo lo adoraba tal como era.

Me preguntó más tarde si estaba predestinado a encontrarse con más académicos a la hora del almuerzo o de la cena. Calmé sus temores respecto al almuerzo diciéndole que los comensales serían Stephen y otro hombre de letras (no recuerdo quién); sin embargo, añadí que si para la noche quería cenar en All Souls, según lo había sugerido, era posible que encontrase algunos académicos. ¿Preferiría acaso cenar en algún restaurante? No, repuso; deseaba sondear la profundidad de la vida académica inglesa en sus agónicos estertores. Recuerdo sus palabras textuales: —Ya no falta mucho —dijo amenazador—, pienso que ya casi llegamos a la hora de la verdad—. No le pedí que bordara sobre este tema sino que traté de desviarlo hacia otros tópicos. Dijo que en Inglaterra —Londres— los escritores y los de su calaña formaban camarillas de envidiosos o grupúsculos dedicados a marginarse unos a otros; que no existía un mundo literario real: Evelyn Waugh no podía estar bajo el mismo techo que Peter Quennell, decentísimo hombre de letras; ambos habían hablado mal de Cyril Connolly; Auden estaba desterrado; nadie tenía una palabra amable respecto a MacNeice o Angus Wilson, etc., etc. La mayor parte de esta visión me parecía absurdamente errada. Para alejarlo de este tópico, le pregunté —imprudentemente, en virtud del resultado— cómo había sido su última visita a Inglaterra. Pero ya para entonces era hora de almorzar. Pareció encontrarse a sus anchas entre los comensales; censuró a los escritores de *Partisan Review*; dijo que Philip Rahv era bastante capaz, pero que los demás usaban a la literatura para fines políticos, y elogió a V.S. Prichett diciendo que era uno de los pocos críticos de pensamiento libre que tenía algo que dar.

Concluido el almuerzo aludió a mi anterior pregunta y me refirió lo que había ocurrido durante su otra visita a Londres. Había llegado como una especie de corresponsal de guerra, y el que fuera Ministerio de Información Británico durante la guerra había comisionado al conocido editor Hamish Hamilton que se encargase de Wilson. Hamilton organizó una fiesta a la que invitó a eminentes miembros de los consagrados en el panorama literario británico. Conforme a Wilson, entre otros vio en la reunión a T.S. Eliot, a uno o dos de los Sitwell, a Cyril Connolly, Siegfried Sassoon, Harold Nicolson, Peter Quennell y, según creo recordar, a Rosamond Lehmann. No quiso hablar con ninguno de ellos. —T.S. Eliot —comentó— es un poeta con grandes dotes, pero en algún lugar de su interior hay un canalla. Cuando lo veo, que no es a menudo, sencillamente no lo soporto. No deseo verlo, aunque creo que algo de su poesía es espléndida; la encuentro repelente, pero es poesía—. En cuanto a los Sitwell, los descartó alegando que carecían de interés. El único invitado con quien pudo hablar fue Compton Mackenzie; intercambiaron relatos sobre la vida antes y durante la primera guerra mundial y encontró la apariencia, conversación y modales del viejo bucanero harto seductores.

Poco a poco me fui percatando de que en cierto sentido Wilson pertenecía a una generación anterior a la de la *intelliguentsia* literaria de Inglaterra en aquella época; que prefería a los eduardinos, viriles letrados vigorosos, a veces de personalidad burda y en cierto grado hasta filistina aunque vital, y que era éste el mundo al que Compton Mackenzie pertenecía verdaderamente. Alguna vez Desmond MacCarthy nos describió a David Cecil y a mí una típica cena a la que había asistido años antes de la primera guerra mundial en un Club de Londres, el Reform o tal vez puede haber sido el Travellers. Estuvieron presentes Rudyard Kipling, H.G. Wells, Max Beerbohm, Hilaire Belloc, G.K. Chesterton, Arnold Bennett y Bernard Shaw, así como Henry James y el joven Hugh Walpole. No se habló de literatura ni de arte, ni de la amistad ni de la naturaleza ni de la moral ni de relaciones personales ni del propósito de la vida —la



Pero ya verían de qué iba a ser capaz Estados Unidos, donde estaba surgiendo una espléndida generación de jóvenes tecnólogos e ingenieros, hombres lúcidos, seguros de sí mismos, llanos, que vestían ropa de dril (recuerdo esta extraña descripción), inventaban soberbios mecanismo nuevos y construían una civilización sin precedente, práctica y en extremo refrescante, que satisfaría las nuevas necesidades de la humanidad y abriría perspectivas de admirable y novedoso bienestar para la existencia, y todo esto iba a suplantar a la decadencia, el engreimiento y escualidez de una mezquina cultura europea que, vertiginosa, precipitábase hacia el ocaso. No obstante, sus *boutades* resultaron menos violentas y más escasas que las de la víspera. Wilson se encontraba feliz y de mejor talante. Explicó que su vida era —y siempre lo había sido— la literatura y los escritores; que la música* y hasta los pintores significaban menos para él, aunque también querían decir mucho: tratándose de escultura, Malraux era prodigioso. Nada parecía haber contribuido tanto a las ideas de Wilson sobre el arte y la vida, a lo que parecía importarle en la política y en todo, como los grandes maestros rusos. Para entonces Pushkin empezaba ya a conmoverlo más que Shakespeare, pero no más que Dante. ¡Cuánta atroz necedad había escrito Orwell sobre Tolstoi y Lear! Afirmó que aquellos desvencijados engendros que conociera en Londres y Oxford habían acrecentado la aversión que le inspiraba lo inglés. ¿Conocía yo a su amigo Jason Epstein? Wilson se sabía bastante misántropo, pero Epstein le ganaba: su repugnancia por el género humano era fenomenal. Admiraba a Epstein y admiraba en él esos rasgos.

Después de todo lo cual se marchó. No podía yo considerar que la visita hubiera sido un éxito. A pesar de ello, regresó a Oxford con su esposa Elena y se hospedaron con mi esposa y conmigo. Como para entonces ya vivíamos en casa propia, buen cuidado tuve de no invitar a ningún académico para que lo conociera —por ávidos que estuvieran de verlo quienes lo admiraban. En cuanto a mí, preferí encontrarme con él el Londres, Boston o Nueva York.

A mi juicio es un gran crítico, un hombre noble y conmovedor a quien quise y respeté y cuya buena opinión acerca de mí busqué mucho; harto me conmoví cuando, poco antes de morir, me pidió que escribiera con un diamante, en un vidrio de su casa de Wellfleet (privilegio reservado a los amigos), una cita de la Biblia. Se trataba de un versículo de Isaías, con quien, según insistió, me identificaba yo personalmente —otra de sus inextirpables fantasías, como su obstinación respecto a que escribí sobre Tolstoi porque también yo era un zorro que anhelaba, no sólo anhelar ¡vamos!, que creía ser un erizo. Nada que dijese yo para contradecir tan absurdo infundio produjo en él la menor impresión. Decía saber que "como todo judío" andaba yo en busca de la unidad y de un mundo orgánico y metafísico integrado. De hecho, mis creencias son radicalmente opuestas, pero las construcciones de aquél su mundo interno se resistían a toda prueba externa. Wilson era presa de descabelladas fantasías, de absurdas conjeturas de odios y amores irracionales. Por coincidir en gran parte muchos de mis prejuicios con los suyos, brotó sin duda alguna entre nosotros un inagotable mananatial de simpatía y afecto. Tal vez ésta, más que cualquier otra circunstacia, fue lo que tanto nos acercó.

Si con frecuencia fue Wilson incongruente en sus juicios y víctima de alucinaciones, su humanidad e integridad fueron de una sola pieza. La reseña que preparó sobre el *Doctor Zhivago* de Pasternak para el *New Yorker* fue la mejor y más sagaz, pienso, de las escritas en cualquier idioma, pero luego sus especulaciones en un artículo ulterior respecto al significado de varios nombres y símbolos en la novela, fueron por completo descabelladas. Logró combinar profunda perspicacia y extraordinaria visión en culturas que no le eran propias, con turbulentos prejuicios, fobias y cargas de tontería pura; a veces le fallaba el tiro y daba en el blanco a kilómetros de distancia. No obstante, fue certero en la mayor parte de sus censuras. Fue el último gran crítico dentro de la tradición de los Johnson, los Sainte-Beuve, los Belinski y los Matthew Arnold. Su meta y práctica consistieron en considerar las obras literarias en un marco cultural y social más amplio que incluyese una visión admirablemente ilustrativa, aguda y penetrante, directa y absorbente de la personalidad, propósitos y orígenes sociales y personales, la moral circunstancial, los universos intelectual y político e índole de la visión de autor, para presentar al escritor, a la obra y su complejo medio como un todo interrelacionado e integrado.

Durante su visita me aseguró que la actual tendencia a la pura erudición literaria, a una ignorancia a menudo deliberada de la textura de la vida y la sociedad del autor, carecían de genuino contenido. Estuve de acuerdo de todo corazón. El arte brilló para él, pero no sólo con luz propia. Edmund Wilson se marchó, aunque sin dejar tras de sí a alguien que se le asemeje.

* No recuerdo por qué le pregunté alguna vez si le gustaba Wagner. Creo que dijo: —Sí, sí, me gustaba, sí; cuando era mucho más joven, pero no es lo que escucho hoy en día.